



CRONICA DE CORDOBA Y SUS PUEBLOS I

ASOCIACION PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES

Córdoba, 1989



CRONICA DE CORDOBA Y SUS PUEBLOS I

ASOCIACION PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES

Córdoba, 1989

Dep. Legal: CO-462-1989

Imprime: Tipografía Artística de Córdoba,
Sdad. Coop. Ltda. Andaluza
San Alvaro, 1
Córdoba

DESARROLLO DE LA CREATIVIDAD EN LA FANTASIA POPULAR EN ALMEDINILLA

Rafael REQUEREY BALLESTEROS

NARRATIVA Y LIRICA POPULAR

La historia, indicadora de los hechos del pasado, no sólo es un exponente de los sucesos acaecidos, es y debe ser una fuente de alimentación antropológica y cultural, que recopilada y sometida al prisma del análisis, nos abra las perspectivas de un futuro que debe corregir los errores del pasado.

El materialismo histórico sigue demostrando que en la contemporaneidad no ha perdido su validez. Mirando hacia atrás podemos desechar las equivocaciones y recoger los aciertos para preservarlos y revalidarlos en el tiempo que nos ha tocado vivir.

Esa vuelta al pasado es necesaria, porque la historia la protagoniza el pueblo. Un personaje no gana una guerra, lo consigue su ejército. El pueblo, los hombres y mujeres, son objeto de su propia historia, de la historia de una localidad, nación y, en definitiva, de la historia universal. Entre la multitud de hechos protagonizados por el hombre encontramos su más expresiva manifestación en el elemento lúdico —creativo— festivo.

Bien es sabido que cada época tiene sus propias connotaciones sociales, antropológicas, culturales, artísticas y recreativas. El ser humano no es una unidad atemporal exclusivamente circunstancial, es la suma de la resultante de multitud de procesos históricos. Hay que retornar a las raíces ancestrales, al mito, que motivaron la capacidad creativa del lenguaje oral, composiciones, oraciones, dichos, sentencias, refranes, narraciones, que no deben perderse y ser rescatados para que, con su codificación, sean un testimonio permanente de la capacidad creadora y peculiaridad lingüística de cada zona, de cada pueblo o país. En definitiva, el habla de un pueblo que es utilizada por sus gentes para expresar sus sentimientos.

La comunicación recoge dos cuentos y cuatro villancicos que se han contado y cantado en Almedinilla, pequeña muestra del rico archivo oral almedinillense. He querido, salvo correcciones ortográficas, reproducirlos con el mismo lenguaje y estructura gramatical que me fueron contados.

LAS TRES ADVERTENCIAS

Había una vez una familia que tenía un hijo. Eran tiempos difíciles y el marido tuvo que irse “a buscar la vida”. Buscando trabajo se ajustó en un cortijo donde estuvo largos años. Un día pensó que ya tenía suficiente dinero para volver a casa. Por lo tanto, decidió ir a hablar con el amo y pedirle su cuenta.

El amo, al ver que se le iba uno de sus mejores hombres, se negó, pero, ya que él insistía, no tuvo más remedio que dejarlo marchar. Le dio el dinero que le debía y le dijo:

—“Si me das tres onzas de oro de las que yo te he pagado te hago tres advertencias”.

El buen hombre dudaba en dárselas, pues si se las daba, se quedaría sin nada, pero pensó que tal vez necesitaría sus consejos algún día y que además no podía negárselos al amo. De esta manera creyó que era mejor escucharlas. El amo le dice entonces:

—Estas son las tres advertencias que te doy:

La primera es que no dejes nunca senda por trocha.

La segunda: cuando veas “posaera” alta, rubia y “relamía” no te quedes allí a dormir.

Y la tercera es que cuando vayas a hacer una cosa, piénsalo tres veces.

Antes de despedirse, el amo le obsequió un queso muy grande en el que, le había metido un reloj de oro y las tres onzas que el buen hombre le había pagado por los consejos y le encomendó:

—Toma este queso y lo partes un día que seas muy feliz y estés muy alegre.

Al amanecer el buen hombre sale del cortijo. Caminando, caminando se encuentra con unos arrieros con los que se reunió. Cuando llegaron a la trocha, los arrieros se fueron por ella. El estuvo indeciso un momento pero, pensó:

—“Ya que me ha costado una onza de oro la advertencia de que no deje senda por trocha, la cumpliré”.

Llegó al rato a encontrarse con la trocha, vio que los arrieros que había dejado no podían haber traspuesto tan pronto y tampoco asomaban. Subió a un cerro y observó que unos ladrones estaban robándolos. Se acercó rápidamente al lugar y “echó la voz de”:

—¡Dos por aquí, cuatro por allá, ocho por el otro lado!. Muchachos vamos con ellos!

Al oír esto los ladrones corrieron asustados sin poder llevarse nada. El buen hombre al ver lo ocurrido dijo:

—¡Anda que la onza que he “dao” no ha “sio” bien “emplea”...!

Los arrieros muy agradecidos le dieron mucho dinero.

Poco después de haberse separado de sus acompañantes le llegó la noche y fue a pasarla a la posada más cercana. La que allí había, era tal y como su amo le había descrito: “alta, rubia y relamía”. Al verla, decidió seguir el consejo de éste ya que el primero le fue muy bien y además le había costado una onza de oro. Así que se salió a dormir debajo de un carro que encontró en la puerta.

La posadera de este lugar mantenía relaciones secretas con un cura y

aquella noche había acordado matar a su marido, aprovechando que había unos arrieros en la posada que pagarían su muerte. Cuando el cura salía de haber matado al posadero, el buen hombre, que estaba debajo del carro, le agarró un pedazo de sotana, lo cortó y lo volvió a meter en su bolsillo. Volvió a decir:

—“Anda que si yo no estoy aquí, me echan la culpa de haber matado al “posaero”. Si la otra onza fue bien “emplea”, esta ha sido mejor”.

A la mañana siguiente, “dieron parte” y encerraron a los arrieros. En ese momento, se presentó el buen hombre al juez diciéndole:

—“Señor juez, estos pobres arrieros no son culpables de la muerte del “posaero”. ¡Que me llamen todos los curas del pueblo!”.

Llegaron los curas y, entre ellos, el asesino con la sotana rota.

Al verlo, le dice el buen hombre al juez:

—“¿Esta pieza es de este paño?”.

El juez respondió:

—Sí señor.

Añadió el buen hombre:

—“Pues éste es el hombre que ha matado al “posaero”.

Los guardias dejaron salir a los arrieros inocentes que, enormemente agradecidos, regalaron al buen hombre unas bolsas llenas de dinero.

No esperó más para continuar su viaje, que ya tocaba a su fin. Al atardecer vio las primeras casas del pueblo. Se detuvo con las primeras personas que encontró para preguntarles por su familia. Estos le contestaron que su mujer no lo recibiría bien. Al oír esto pensó:

—“Yo me voy sin presentarme a ella. Pero... lo voy a pensar ya que me costó una onza y las dos anteriores fueron muy buenas. Me voy a quedar aquí esta noche”.

Ya amanecía cuando preguntó de nuevo sobre su familia y le contestaron que su mujer lo había engañado, que era una mujer muy malvada y que no merecía su regreso. Pensó entonces irse, pero antes mataría a su mujer. Cogió una pistola y, mientras le apuntaba, recordó la tercera advertencia de su amo: “Piensa las cosas tres veces”. Guardó la pistola y se retiró.

Al día siguiente insistió a los vecinos para que le contaran qué había sido de su familia, y las noticias eran ahora muy distintas. Según estos, su mujer era muy sencilla y muy buena y su hijo estaba estudiando con mucho trabajo para cura. Lleno de alegría, echó a correr en busca de su mujer y de su hijo que casi no le conocían.

Cuando ya habían cenado, después de recordar lleno de agradecimiento las tres advertencias de su amo, pensó que ya nunca viviría un momento más feliz que aquel, al lado de su mujer y de su hijo. Era el día más apropiado para comerse el queso que traía del cortijo. Al partirlo encontraron el regalo que el amo había metido en él: un reloj de oro y las tres onzas de oro.

PERIQUILLO

Erase una vez Periquillo que se “ajustó” en un cortijo de Cabrera. Cerca de allí había una sierra en la que vivía un gigante y a la que nadie podía ir. El

amo siempre le decía:

—“Periquillo, no vayas a ir a la sierra del gigante porque te mata”.

Pero Periquillo no se asustaba de nada. Un día subió a la sierra para que sus cabras comieran. El gigante, que lo había visto venir, se acerca y le pregunta:

—¿A qué has venido tú aquí? ¡Te voy a matar!

Y Periquillo le dice:

—Si quieres probamos las fuerzas. ¡Espera un momento!

Se va corriendo a la casa del amo y coge el pájaro perdiz. Cuando llega le dice al gigante:

—Tire usted una piedra “a ver quien aleja más”.

El gigante coge una piedra muy grande y la lanza lejísimos. Después fue Periquillo, sacó el pájaro, y lo tiró hasta que se perdió volando. El gigante se quedó sorprendido de cuanto había alejado el cabrerillo, pues había perdido la piedra de vista.

El gigante “agarra” una piedra y la aprieta con la mano hasta triturarla. Periquillo que llegaba con la “capacha” de queso fresco, la cogió, la reventó con la mano y le dice:

—Yo soy capaz de hacer lo que usted no hace con la piedra, sacarle el caldo.

Cuando el gigante vio que Periquillo parecía más fuerte que él casi, se hizo su amigo. Pero el cabrerillo debía seguir haciéndole creer que era más fuerte.

Se pusieron a hacer la comida y el gigante mandó a Periquillo por leña. Este coge una cuerda y se va al bosque. El gigante, harto de esperar, se fue al bosque y se encontró a Periquillo atando varios árboles y le preguntó:

—Pero, ¿qué haces Periquillo?

Periquillo le responde:

—Llevándome todos los árboles. ¿Usted cree que yo voy a venir por leña cada vez que necesitemos?

El gigante le dijo:

—Vamos, no te preocupes, con esta rama habrá.

El gigante “anchó” una grandísima rama y se la echó al hombro.

Después de comer, el gigante tenía sed y lo mandó a por agua. Periquillo cogió una espuerta y una azada y se fue. El gigante, al ver que tardaba demasiado, quiso saber qué estaba haciendo. Vio que estaba alrededor del pozo, entonces le preguntó:

—¿Que haces Periquillo?

Este le contesta:

—Amarrando el pozo para llevármelo entero. ¿Usted cree que cada vez que tenga sed voy yo a venir por agua?

El gigante, viendo de lo que era capaz Periquillo, estaba muy asustado. Ya se hacía de noche y el cabrerillo tenía que regresar. Sus cabras venían hartas de comer. Aquel día se había hecho amigo del gigante y, a partir de entonces, podría ir a la sierra del gigante cuando quisiera. Ya nunca más debía temer al gigante.

Noche de Alegría

Noche de alegría.
Es noche sin igual,
que hoy nace el Mesías
en un pobre portal.
Para bien del hombre,
su felicidad.

Con el regocijo,
¡que linda ocasión!,
tuviste María
en tu corazón.

Un sol te ha salido
en tu dulce solar,
de puro regocijo
a alumbrarte va.
Se ha ocultado el manto
de la oscuridad.

A la media noche
de Belén saldrá
un sol muy brillante
que disipará
las densas tinieblas
¡Tanto alumbrará!



En un portal de Belén

En un portal de Belén
expuesto al aire y al frío
nació el niño más hermoso,
más bello y más peregrino.
Sus mejillas son dos rosas.
Sus labios, clavel partido.
Sus ojos tan agraciados,
que se los trajo el cariño.
Vamos para adorarle
con afecto muy rendido.
Y más la lengua, que el alma,
le digo con amor fino:
Amor mío, yo te adoro.
Amor mío, yo te digo:
¿¡Cómo habéis tardado tanto,
si tan deseado habéis sido?!

Bendita sea Señora,
o sea, El Fruto Bendito,
que salió de tus entrañas
sólo para redimiros.

A Jesús, María y José,
le ampararon noche y día
para gozar en el cielo
de Vuestra amable compañía.



En Belén, una noche estrellada

Un pastor dando las gracias estaba.
Era un ángel que del cielo bajaba.
Era un Dios que va a nacer esta noche
en Belén en un establo de bueyes.

Vamos pastores, vamos,
vamos para allá,
que en Belén,
El Niño ha nacido ya.

Arre borriquito
vamos a Belén
no me tires coces
que yo voy también.

Cantando van los pastores,
cantando van las zagalas,
cantando van los muchachos
por las veriditas blancas.

Y un lucerito brillante
que aquel día Dios nos dio
cantando va muy alegre
entonando esta canción:

Corred pastorcitos, corred sin cesar
que en Belén, el Niño ha nacido ya.
Tocad las zambombas, tocad,
que en Belén, el Niño ha nacido ya.

En nombre de Jesús

En nombre de Jesús
y de la Virgen María
voy a cantarte este gozo
contento y con alegría.

Emprendieron su viaje
la Virgen y San José
según costumbre tenían
de empadronarse en Belén.

Angeles del cielo
danos vuestra voz
para que yo pueda
alabar a Dios.

La Virgen va encinta,
larga es su jornada,
vamos a ayudarle,
que ya estará cansada.

Pobre caminante,
no busques posada,
que todas las puertas
las tienen cerradas.

Pobre caminante,
no busques mesón
que tengo en mi pecho
una habitación.

Entraron en la ciudad
y fue para desconsuelo,
porque no encontraron posada
estos pobres forasteros.

Entre amigos y parientes
todos posada buscaban,
como los veían tan pobres
a la calle los echaban.

Salieron de la ciudad
y a los campos se marcharon,
y en un albergue de bestias
allí fueron hospedados.

¡Benditas las luces
que han bajado del cielo!
Vamos a llevarle
alivio y consuelo.

Pobre caminante,
no busques mesón
para que yo pueda
alabar a Dios.

